

«PROFE: NECESITO MOVERME EN CLASE PARA APRENDER»

— Fernando Pariente —

El deseo de aprender es algo natural, innato en las personas. De la misma manera que tenemos otros instintos como el de alimentarnos, el de reproducirnos el de respirar, tenemos también el instinto de aprender. Aprendemos incluso sin proponérselo, sin que nos demos cuenta de ello, inconscientemente. Aumentamos nuestros conocimientos al mismo tiempo que vivimos.

¿Por qué, entonces, se producen tantos fracasos en la escuela, si esta es, precisamente, el lugar pensado para el aprendizaje sea más eficaz?

Hay que pensar que algo ha dejado de funcionar en el sistema. La preocupación es universal; afecta a las familias, pero también a los psicólogos, a los pedagogos y a los sociólogos. Las consecuencias del fracaso las padecen los protagonistas, en primer lugar, y sus padres que no saben cómo encauzar el futuro de estos niños; pero las soluciones tienen que venir de un análisis sereno de las causas.

Puede ser que una de las claves importantes para enfrentarse a este problema sea la de conocer cómo se produce el aprendizaje, qué sistema emplea el cerebro para ir asimilando y almacenando información y datos nuevos, cómo se ponen en marcha los mecanismos del conocimiento, qué resorte es el más eficaz para activar su motor de arranque.



El secreto está en los orígenes

Hay quien opina que si descubriéramos el modo en que un niño aprende a hablar, el proceso de su conquista del lenguaje, habremos resuelto la parte más compleja del problema.

Desde el campo de la enseñanza de los idiomas se han comenzado ya a dar pasos en esa dirección. Los pedagogos de las lenguas extranjeras son conscientes de que existen muchos candidatos al aprendizaje, muy bien motivados para aprender, que inician su estudio con entusiasmo, pero que desisten al cabo de poco tiempo porque el fracaso es abrumador. ¿Por qué a los niños pequeños no les ocurre lo mismo al aprender su

lengua materna? ¿Por qué un "infante", que etimológicamente significa el que no es capaz de hablar, deja de serlo en un periodo de tiempo que no va más allá de dos años, mientras muchos adultos no son capaces de conseguir lo mismo en mayor espacio de tiempo? ¿Cómo le funciona la cabeza al bebé? Si fuéramos capaces de descubrirlo podríamos aplicar los mismos mecanismos mentales y adquirir a otras edades una segunda lengua con menor esfuerzo.

Indagando por ese camino algunos profesores han llegado a diseñar un método de enseñanza de idiomas que se fundamenta en la *Respuesta Física Total*. Los fundamentos psicológicos en que se basa son útiles para cualquier otro aprendizaje.



Una investigación difícil

El principal problema que encuentra el investigador en este campo es que cuando el niño puede comunicarse, porque ya ha adquirido el instrumento de comunicación que es el lenguaje, entonces ya sabe hablar y las claves fundamentales del proceso se han evaporado. El período importante de la investigación es, precisamente, el período de silencio, antes de que el niño sea capaz de expresarse.

De la investigación realizada se deducen tres conclusiones:

- 1ª que en realidad no se puede enseñar a hablar a un niño, sino que es él quien empieza espontáneamente a hablar cuando está preparado para ello;
- 2ª que los niños están preparados para hablar cuando han adquirido un complicado mapa mental del funcionamiento de la lengua;
- 3ª que este mapa no se interioriza mediante reglas conscientes, sino de forma inconsciente; pero que cuando el niño lo ha conseguido, posee un esquema claro, aunque simple, de la gramática de su lengua. Los resultados de este proceso pueden comprobarse fácilmente en el hecho de que los niños construyan automáticamente formas regulares de verbos que son de hecho irregulares. Un niño que dice "yo sabo", en vez de "yo sé", no ha oído nunca esa forma, no repite un error que haya oído nunca, la ha construido él de forma espontánea.

Lo más importante de todo el proceso está en descubrir cómo se adquiere ese mapa mental automática e inconscientemente.

Un mundo de órdenes y respuestas concretas

Las investigaciones llevadas a cabo parecen demostrar que esta tarea la realiza el hemisferio derecho del cerebro y que se va produciendo de modo natural, gracias a los mandatos continuos que el niño va recibiendo en casa por parte de las personas que le cuidan. La estructura fundamental en el aprendizaje de la lengua materna es la imperativa y la razón de esta capacidad generadora de aprendizaje está en que el mandato desencadena una respuesta activa que involucra a la persona.

El niño vive en un mundo de órdenes e indicaciones: "*Siéntate, levántate, come, dale un beso a tu padre*". Cada vez que el niño recibe el mandato toda su persona se pone en tensión para cumplir lo que desea de él. Su cerebro se activa y comienza a dar órdenes a su vez a todos los centros nerviosos que coordinan sus impulsos y sus movimientos. Toda su persona se pone en acción.

La casa es un ámbito en el que se produce un máximo de comprensión de lenguaje por la continua interacción que se establece entre el niño y las personas que le cuidan. Al principio este intercambio no exige del niño el uso activo de la lengua; responde simplemente

con las acciones físicas que se le piden. Más adelante irá acompañando sus acciones con monosílabos de apoyo, "sí", "no", o meros movimientos de cabeza afirmativos o negativos.

Ambientes receptivos enriquecidos y empobrecidos

El "ambiente receptivo enriquecido" está constituido por toda esta dinámica en la que el niño comienza por comprender lo que de él se quiere y después responde con acciones físicas que implican una puesta en marcha de actividades complejas cerebrales. El niño está en un nivel máximo de recepción porque lo que llega a su cerebro son mandatos cortos, claros y precisos que constituyen un resorte para activar otras órdenes que llegan a su sistema nervioso, a sus músculos... A partir de ahí, y poco a poco, el subconsciente del niño va componiendo y dibujando el mapa gramatical de su lengua.

En clase no ocurre lo mismo

En las aulas de los colegios suele ocurrir exactamente lo contrario. La entrada de información es masiva y confusa, pero la recepción es mínima porque esa información no genera de inmediato ninguna respuesta. El alumno oye, oye y oye, pero no actúa a continuación en función de lo que escucha.

Los profesores usamos un lenguaje



enunciativo—explicamos y explicamos—y con ello sólo conseguimos un bajísimo nivel de recepción. La escuela es “un ambiente receptivo empobrecido”.

La información que le llega al niño desde el profesor no es usable, ni aplicable de forma inmediata; es algo que, de momento, no le afecta personalmente y entonces ocurre una cosa de gran importancia para el aprendizaje:

el pensamiento crítico, que funciona automáticamente desde el hemisferio izquierdo del cerebro, clasifica esa información como carente de interés para ser almacenada en la memoria de larga duración. Los mecanismos psicológicos de la atención pierden tensión y se desactiva todo el procedimiento que lleva a aprender algo.

Obviamente esto no se produce de forma consciente. El alumno hará esfuerzos para estar atento y retener la información que le da el profesor, pero serán esfuerzos meramente voluntaristas que no nacerán del interés automático de su inteligencia. Esta habrá clasificado ya la información como «ruido» porque no le sirve para provocar ninguna orden en respuesta y, por ello, habrá provocado una actividad cerebral mínima.

Ese niño sentado hoy en un aula,

atendiendo a una explicación de un profesor, estuvo en una situación muy distinta cuando aprendió a hablar en su casa. Ahora está sentado indolentemente, observando con total pasividad al profesor, con una muy escasa actividad cerebral; entonces cada petición de su madre era un resorte que provocaba una respuesta activa y obligaba al cerebro a emitir continuas órdenes y a mantenerse en tensión.

Eso es lo que genera la necesidad de almacenar la información en la memoria de larga duración. A eso se le llama una comunicación con “credibilidad”; mientras que la información que le llega en el aula carece de ella.

Sólo se aprende lo que se hace

De estas premisas teóricas nace un método nuevo para aprender idiomas, llamado “*Respuesta física total*”. Siguiendo los mismos pasos de los niños, los alumnos, al principio, sólo escuchan y ejecutan mandatos y el aprendizaje después se monta sobre una permanente actividad.

Lo importante es que estos principios son aplicables a cualquier otro aprendizaje diferente de los idiomas. La afirmación de que los mensajes enunciativos son ineficaces en los primeros pasos de cualquier aprendizaje debería estar escrita en la pared principal de todas las aulas de niños pequeños y no tan pequeños. Esta clase de mensajes son útiles y eficaces cuando ya se tienen co-

nocimientos sobre los temas, cuando nuestro cerebro posee ya mucha información sobre algo y los datos nuevos que recibimos complementan a los que ya poseemos.

Pero cuando se comienza a aprender y el cerebro está virgen de cualquier información al respecto, las exposiciones magistrales sirven de muy poco.

La metodología de las clases debe ser tan activa como sea posible. Hay que declarar la guerra a las clases estáticas de pupitres alineados en perfecto orden y formación; a las clases silenciosas en las que se podría oír el vuelo de una mosca, aunque el profesor no sea capaz de percibir el soporífero dormitar de los cerebros. Es necesario enriquecer el “ambiente receptivo” de la escuela si queremos que el aprendizaje se produzca en niveles aceptables.

“Sólo se aprende lo que se hace” o, lo que es lo mismo, lo que los mecanismos de la propia mente consideran “creíble” porque induce a la actividad.

He ahí un examen de conciencia permanentemente necesario, no sólo para los profesores de Primaria y EGB, también más adelante el curriculum supone muchos comienzos de muchas materias... y hay tantos profesores que sólo manejan en clase el recurso de la explicación y el libro de texto...